



Para todos

BIBLIOTECA NACIONAL
HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO
DIARIOS, PERIÓDICOS Y
REVISTAS CHILENAS

Cómo Deberíamos Vestir los Hombres

¿Por qué nosotros los hombres soportamos día tras día la incomodidad de atavíos que no tienen otro propósito útil que el de escudarnos de los comentarios y la crítica que tendrían lugar de apartarnos mínimamente de la forma convencional del indumento masculino?

Con su sensata indumentaria y sus cuerpos saludables, las mujeres son capaces de realizar proezas comparables a las de los hombres en el tenis, el golf y otros deportes saludables. Y durante la práctica de los mismos pueden sentirse mucho más cómodas.

La situación se ha vuelto del revés y el contraste entre su manera de vestir casi ideal y nuestros absurdos trajes no debiera ya soportarse con ecuanimidad.

En los momentos en que escribo estas líneas tengo delante de mí un retrato de piedra, fechado en 1872. El estilo del peinado y de la cara es un tanto diferente pero el traje es esencialmente el mismo de hoy: el mismo saco y el mismo chaleco convencionales; los mismos pantalones, camisa y corbata. El cuello, empero, tiene apariencias de ser más cómodo que cualquiera de los que se usan en la actualidad. La abertura del frente tiene al parecer una separación de unas tres pulgadas dejando un espacio libre debajo de la barba que casi llena del todo la negra corbata.

Si nada hubiéramos adelantado en el conocimiento de la higiene y el bienestar corporal durante los últimos setenta y cinco años, podríamos afirmar que no estábamos sujetos a los caprichos de una moda constantemente voluble y nos enorgulleceríamos de nuestra habilidad en mantener un estilo de traje conservador y sensato. Pero nuestros conocimientos de la higiene han progresado con otros adelantos y sabemos positivamente el error en que incurrimos al continuar sufriendo un indumento innecesario, incómodo y perjudicial a la salud. Como individuos nos revelamos; pero colectivamente, como hombres, inclinamos la cabeza bajo el yugo de la costumbre.

Ya es hora que los hombres hagamos la revolución en materia de indumentaria. No hay duda que el traje masculino ha progresado con todo lo demás, no se mantiene a tono con los grandes adelantos que preconizan la comodidad, la holgura y el goce de vivir.

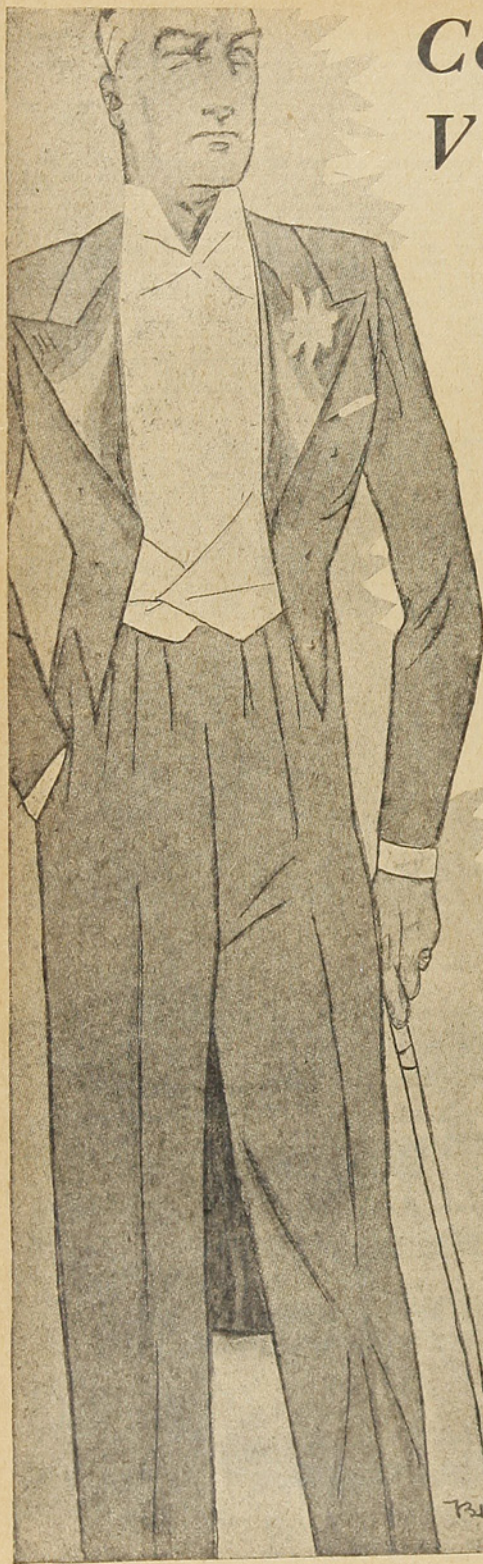
¿Qué es lo que constituiría una forma de vestir sensata y práctica, para el hombre? Lo esencial, lo primordial debiera ser la salud y la comodidad acopladas a una forma de traje elegante.

Todo el mundo reconoce actualmente que la exposición moderada de la superficie del cuerpo a los rayos del

sol y al aire libre es altamente beneficiosa para la salud y que previene y hasta cura ciertas dolencias. Por esta razón los médicos recomiendan mucho que se vista a los niños de tal manera que permita al sol y al aire llegar a una gran parte de la superficie del cuerpo, y en casi todas las tiendas pueden adquirirse trajecitos de niños hechos a ese propósito.

A los adultos también se les recomienda la helioterapia para una gran variedad de dolencias, habiendo dado excelentes resultados. Para que los rayos beneficiosos que contiene la luz solar puedan aplicarse en condiciones que no permitan la exposición directa a los ardores del sol, se han inventado unas lámparas artificiales que producen esos rayos los cuales se aplican a voluntad.

Claro está que todo lo bueno puede exagerarse hasta un extremo que perjudique, y de semejante exageración no está exenta la luz del sol. A menos que se dé a la piel oportunidad de crear cier-





tas sustancias protectoras preparándose de tal suerte a soportar determinado grado de exposición a los referidos rayos, a la que no está acostumbrada, no sólo puede de ello resultar dolor y malestar sino también alguna enfermedad grave.

Una quemadura grave ocasionada por el sol es en sus efectos análoga a una quemadura ocasionada por el agua hirviendo y puede tener análogas consecuencias. Hay también personas de piel tan delicada que no pueden estar al sol largo rato sin efectos perjudiciales y que siempre necesitarán considerable protección contra sus candentes rayos.

El efecto del aire sobre la superficie del cuerpo es también un factor importante en la conservación de la salud y la comodidad corporales por la acción secante y refrescante de la evaporación.

No es maravilla que los hombres se sientan molestos e irritables en tiempo de calor cuando sus cuerpos se hallan estrechamente envueltos en un aire estancado, caliente, húmedo, que puede escapar sólo muy lentamente a través del tejido de tres piezas de ropa.

Cuando nuestra ropa se empapa de sudor como resultado del pobre ejercicio de caminar unas cuantas cuadras en la calle debemos soportar la incomodidad hasta que la evaporación de esas tres piezas de ropa haya tenido lugar, y podemos considerarnos muy afortunados si el vicioso indumento, una vez que cesamos en el citado ejercicio, no nos lanza en un paroxismo de estornudos a causa de la frialdad del sudor.

Este conocimiento de la incomodidad y las otras consecuencias del menor ejercicio en tiempo de calor con frecuencia nos limita a ejercitar los músculos sólo cuando podemos inmediatamente después darnos un baño y cambiarnos de ropa. Prácticamente para muchos hombres tal circunstancia no ocurre cuando y cuantas veces quisieran y de aquí que nunca o casi nunca hacen ejercicio durante el tiempo de calor.

Como resultado de ello nuestros músculos se tornan en-

debles, nuestra cintura se expande y nuestra condición física general desciende hasta un punto que no es por cierto conducente a la longevidad ni a una existencia dichosa.

Ahora que se sabe que la luz del sol y el aire puro son saludables, estimulantes y agentes productores de bienestar cuando se les aplica al cuerpo humano, parece ridículo que el hombre se aferre a una forma de vestir que solo exponga al sol y al aire las manos y la cara.

Aunque hay personas mucho más competentes que un médico para diseñar formas de indumento masculino que se acerquen a la libertad y la comodidad de que con el suyo gozan las mujeres, puedo aventurar unas cuantas sugerencias que indiquen las líneas que a lo largo de las cuales podría progresar el traje del hombre.

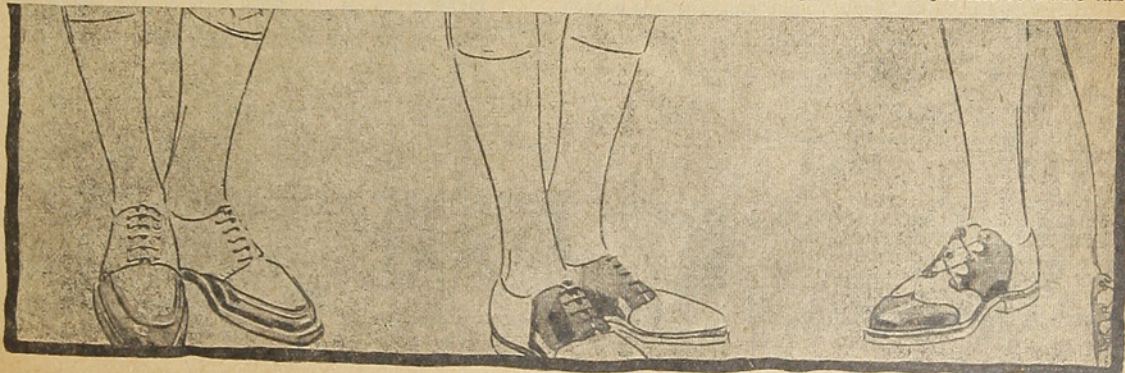
Libertad de tener que usar el saco, excepto cuando en realidad se le necesite por la temperatura, es el primer paso que debe darse. Esto nos libraría de forzar el calor y la humedad del cuerpo a través de tres piezas de ropa.

Como sustituto del saco y la camisa pudiéramos usar una chaquetilla o blusa, parecida a la diseñada por el heroico médico de New York cuya chaqueta rusa de poplin diera lugar a tantos comentarios en la prensa el verano pasado. A mi entender es un traje ideal.

Casi tan odioso, aunque no tanto, como el saco es el cuello, postizo o no, que actualmente se usa con la camisa. Constituye un obstáculo al escape de aire caliente que tienda a subir para salir por el cuello, tomando el camino de menor resistencia, ya que le es mucho más difícil escapar por las tres piezas de ropa.

Impide también los movimientos del cuello y producen una sensación de sofocación. A veces irrita la piel y da lugar a nacidos y hasta a otros males peores.

El cuello es el primer artículo que se arruga y pierde la forma; se mancha con el sudor y cuando tal ocurre suele influir de tal manera en quien lo lleva que este se siente tan



EL TRIUNFO DEL AMOR

(Continuación de la página 1).

me verás derramar lágrimas de alegría. ¡Hemos de volver a contemplar las hermosas palmeras!... Nuevamente oiremos al muezín gritar desde lo alto de los minaretes! ¡Qué dicha, qué explosión de alegría!

Al decir esto, besaba con toda el alma las mejillas ocre sombrío, marchitas y rugosas de la pobre mujer, que sufría también la nostalgia del cielo azul ardiente.

La tía de Aicha, no quiso someterse tan pronto a la prescripción del viejo médico. Le pareció poco prudente. ¿No era preciso que la joven viviera la vida de su familia? ¿Qué parentesco la unía a Marruecos, en suma? Ninguno; el tiempo y otro médico calmarían, ciertamente, esta obstinación de niña mimada.

Otro médico, fué pues, llamado junto a la triste enferma. Este era joven. Tan pronto vino a la hermosa niña tan triste, tan pálida, tan bella entre sus pieles blancas, se emocionó como a la vista de un hermoso pájaro encerrado en una estrecha jaula de oro.

—¿Qué mal os angustia? — la interrogó dulcemente.
—Todo mi mal reside en el alma... — respondió ella — si insisten en conservarme aquí, moriré de nostalgia... No es enfermedad física, para la cual se ha hecho su ciencia. Ud. como todos, no han de poder nada. Al decir esto, dos lágrimas temblaban al borde de sus finas y largas pestañas.

Movido de una inspiración genial, el joven médico se aproximó al piano y se puso a ejecutar con una maestría y emoción delicadísima, un Nocturno de Chopin, cuyas notas quejumbrosas y veladas, armonizaban exactamente con el estado del alma de Aicha.

Esta se había erguido lentamente sobre sus cojines, y, las manos juntas, escuchaba arrobada esta música encantadora.

Cuando se hubo extinguido la última nota bajo los ágiles dedos del joven, éste se volvió hacia su enferma:

—¿Y bien?... — Interrogó con una mirada en que podía leerse la convicción de haber distraído su sufrimiento.

—¡Oh, gracias! ¡Es mi primera alegría verdadera, desde mi entrada en París!

—Volveré, dijo él, simplemente. Y se alejó sin dejar receta.

—Es un loco — afirmó la tía de Aicha.

—Es un verdadero médico de almas, pensó la niña.

De este modo, volvió sucesivamente, dos, tres, diez veces. Desde que entraba a la alcoba, Aicha sentía afluir la sangre más rápidamente, más feliz, en sus venas.

—Esto va mejor, según veo, decía él; vuestro semblante se despeja, vuestra frente está menos sombría... ¿Continuamos nuestro tratamiento musical?

—Oh, sí, doctor, ¡es toda la alegría de mi vida! El se sentaba al piano, y siempre con emoción de artista, interpretaba a Chopin, Beethoven, Bach, los más tiernos, los más dolorosos, los más místicos.

El alma de Aicha se transportaba con el arte.

Escuchándolo, contemplaba su silueta fina, tal vez demasiado fina, y le parecía tan hermoso, de una hermosura noble, distanciada de la estética común... A menudo para concentrarse, al ejecutar los pasajes más intensos, entornaba los ojos y echaba hacia atrás su cabeza de largos y sedosos cabellos oscuros. Ella adoraba este gesto. Gustaba contemplar sus pupilas entornadas, fijas sobre pensamientos que presentaban tan altos... y se dedicaba a admirar al joven médico, a soñar en él, con un entusiasmo tierno nacido de las apasionadas armonías.

Y cada día sentía renacer en ella la vida, porque había ahora un atractivo, un deseo realizable, la espera de una alegría entre sus días... además, la existencia de un ser como el cual comulgaba desde lo más profundo de su alma.

Una mañana, el médico fué introducido cerca de Aicha, y la encontró ya levantada, sentada al piano, cantando esta cosa admirable que es "La Procesión" de César Franck.

Se detuvo en el umbral para escucharla, haciéndole señas de no interrumpirse. Sus ojos la admiraban también y la envolvían en una mirada de ternura y encanto.

—¡Es muy bello! — exclamó, cuando hubo concluido. — Me complace en alto grado pensar que la música tenga para Ud. un atractivo tan poderoso, gracias al cual la veo ya fuera de aquel peligro de prolongada e infinita tristeza. ¿No sueña ya con aquel obsesivo viaje a Marruecos?

—Ya no sueño, respondió ella. ¡He comprendido que pueden realizarse aquí mismo horas tan felices, tan hermosas!

—Es lo que deseo para Ud. desde lo más íntimo, señorita... Mi misión junto a Ud., ha terminado, y con su aprobación voy a retirarme, muy feliz de haber triunfado en la tarea de devolver la alegría de vivir a su alma angustiada.

Aicha se sintió desfallecer.

—Pero, dijo ella, si me falta la música, mi vida se enristrará de nuevo.

—¡Oh! Ud. es fuerte ahora, podrá asistir a los conciertos en donde oír a los verdaderos maestros que, harán con su arte, conservar su alegría de hoy.

—¡Realmente, lo cree Ud.? ¿La música en medio de la soledad, bastan acaso para llenar una vida de veinte años?

—A fe mía, no lo creo, respondió él vacilante.

—Entonces por qué, ¿no piensa Ud. volver? ¿Es acaso sólo médico? Me lo figuraba también Apóstol... Sólo Ud. sabe tocar con el fervor que ha obrado el milagro de conquistarme, de arrebatarme a las garras en que el hastío me tenía aprisionada, en esta cárcel de

cielo cenciento, para entregarme a los brazos de la más dulce esperanza!

—¡Dios mío! Si mi música ha obrado tal milagro, es sin duda, porque me transportaba un encanto profundo más allá de mí mismo. Pero, ¿cómo prolongar tan felices instantes?...

Se me ha llamado para procurarme la salud... Mi tarea, pues, está cumplida. Mi deber es retirarme... Sin embargo, creadme que el resultado feliz a que me ha sido dado llegar, se debe a que he puesto en juego todo mi corazón... y aún... me he cogido en mi propio juego, pues, si bien es verdad que Ud. está fuera del alcance de la maligna enfermedad, ¡acaso sea yo quien, sin estas horas de música, haya perdido todo el atractivo de su vida!

—¿Será posible, doctor? ¿Acaso ama Ud. estas horas, tanto como yo? — preguntó Aicha, los ojos brillante, los labios trémulos.

El médico respondió lentamente:

—Estas horas constituyen lo más bello que yo haya realizado, encierran lo más dulce que yo haya sentido desde que estoy en el mundo, pues hasta el día en que os encontré, estuve siempre solo en el dominio de las armonías de los queridos maestros... ¡También he sentido la nostalgia de la soledad, creedlo!

Aicha tendió hacia él dos manos anhelantes:

—Ah, querido doctor. No nos abandonemos a nuestra triste soledad; la música en ella no basta para vivir feliz... Cuando se es joven, aún falta algo, según creo... falta...

—El amor, mi bella princesa! Murmuró él, besando las lindas manos de la dulce niña.

G. S.

EL PRIMO LUCIANO

(Continuación de la página 3)

por ti muchas veces y siempre me respondieron con frases equivocadas. Al fin cesé de interrogar para no oírte insultado por personas inferiores a ti; y aún cuando no preguntaba, todos los días, casi todas las horas tu recuerdo venía a visitarme. ¡Oh, primo Luciano, en el fondo borroso de mi infancia, tu figura triste y bondadosa es un alto relieve! ¿Cuál era tu historia? ¿Qué vientos adversos te arrastraron? Mi espíritu filosófico te maldice, porque con aquella aritmética de pocas hojas sembraste en mí la maldad sientiendo de la Ciencia, y con aquellos cuentos y con aquel vals, los gérmenes de la Poesía. Tú me enseñaste a gozar la tristeza; tú fuiste el primero que detuvo la risa en mis labios. Al recordarte, primo Luciano, siento que lo escaso bueno salvado en la batalla de la vida, sube de mi pecho hasta mi garganta queriendo ser un sollozo. Y por esto, por evitar que después de haberme causado tanto daño, solloce por tí, mi corazón me da fuerzas para maldecirte de prisa, muy de prisa, no dando lugar a que entre una y otra maldición brote el sollozo: ¡Maldito seas, primo Luciano, por no haberme dejado en la ignorancia! Maldito seas; por haberme hablado con tu voz de ternura, en vez de hablarme con la voz áspera de la vida! ¡Maldito seas porque turbaste la quietud de mi hogar! ¡Maldito seas por aquel vals, por aquellas consejas y por aquellas lágrimas! ¡Maldito seas, adorado primo Luciano!

A. HERNANDEZ - CATA.

COMO DEBERIAMOS VESTIR LOS HOMBRES

(Continuación de la página 15)

estropeado moralmente como el cuello.

Si el cuello actual fuera reemplazado por un cuello flojo, cosido a la camisa y abierto en forma de V (como el que se ha hecho popular para ciertas ocasiones), tendríamos libertad de movimiento, alivio de la irritación (física y mental) y hasta oportunidad de dar salida al aire caliente y húmedo del cuerpo.

Si al mismo tiempo, las mangas de la camisa o blusa fueran cortas, por el codo, nos sentiríamos mucho mejor en tiempo de calor.

Los físicos nos dicen que el aire caliente tiene tendencia a subir por que lo empuja el aire frío que lo rodea. El aire relativamente frío que rodea los tobillos se calienta al contacto de nuestras piernas y procura subir.

Si pudiera abrirse paso hacia arriba sin obstáculos bañaría a nuestro cuerpo en una corriente constantemente renovada de ventilación. Pero, desde luego, allí está diabólicamente la faja para impedirlo. También el aire caliente que rodea nuestro abdomen y pecho se elevaría y sería reemplazado por otro, pero la faja no deja que el aire más fresco suba y aunque lo hiciera, el cuello apretado no lo dejaría salir.

Por tanto, deshagámonos de la faja como del cuello y el saco.

¿Qué usaremos entonces para sostenernos los pantalones? Quizás el nuevo indumento comprenda unos pantalones que no necesiten sostenerse como hasta aquí, sino que se ajusten a la cintura como la falda de la mujer.

Lo cual me trae al análisis final de la situación. Supongamos que procedemos a corregir los monstruosos defectos que existen en la ropa de los hombres, especialmente en la que usamos en verano y en la etiqueta, ¿qué nos queda? La ropa veraniega de la mujer y su ropa de vestir. O algo muy parecido.